

## VILLAESCUSA DE HARO: HISTORIA DE UNA PARED BLANCA

Azorín es un gran maestro, pero ya casi nadie lee sus obras, quizás porque el escritor de Monóvar, un municipio alicantino bañado por la alta y vieja luz del Levante, puso sus ojos en esos pueblos que hoy son sinónimo de vacío, soledad y olvido. Azorín se enamoró de la Mancha, de ese paisaje que fatigó Alonso Quijano el Bueno acompañado por el afable y pacífico Sancho Panza, siempre sumido en la ensoñación de gobernar una ínsula, no por ambición de poder, sino por el noble deseo de prodigar su sabiduría. En la Mancha, tierra de Don Quijote, la belleza no se encarna en lo grandilocuente y solemne, sino en lo sencillo, pequeño y humilde. Quizás por eso Azorín dedicó su pluma –por entonces la escritura aún brotaba de la conjunción artesanal de la mano, el papel y la tinta- a esos pueblos donde todavía se escucha el latido de la historia y el soplo del espíritu, sonidos que se han vuelto inaudibles en las grandes ciudades, abismadas en el estrépito y el vértigo. Pueblos donde el otro no es un extraño que invade nuestra intimidad, sino el vecino con el que se comparten alegrías y desventuras, anhelos y temores, sueños y desengaños. Pueblos que parecen hechos a la medida del hombre. Pueblos donde la soledad aún no es una epidemia y la indiferencia no ha separado a las personas, convirtiéndolas en frágiles burbujas cuya desaparición pasa desapercibida. Pueblos donde hay una comunidad y no una masa anónima. Pueblos, en definitiva, donde quizás no hay mucha agitación, pero sí vida. Una vida verdaderamente humana, con afectos sinceros, ritos que renuevan los vínculos y una comprensión intuitiva del tiempo. Yo creo que Villaescusa de Haro es uno de esos pueblos.

No he vivido en él, pero mi mujer y yo nos hemos paseado por sus calles acompañados por Cayetano, su alcalde, y Fernando, el párroco. Me he cruzado con varios vecinos, que me han saludado cordialmente, he comido un delicioso queso de oveja en el bar de la plaza del Regimiento Saboya, he visitado el ayuntamiento y sus iglesias, he contemplado las ruinas del convento de los dominicos, todo bajo un sol de justicia, jadeando por culpa de un mes de julio particularmente cruel, pero sin permitir que el bochorno malograra la

satisfacción de conocer un lugar donde no me importaría vivir. En *La ruta de Don Quijote*, Azorín se definió a sí mismo como «un pobre hombre que, en los ratos de vanidad, quiere aparentar que sabe algo, pero que en realidad no sabe nada». Creo que puedo apropiarme de esa descripción para hablar de mí mismo. Yo también tengo ratos de vanidad donde intento aparentar que sé algo, pero en realidad mis conocimientos son mucho más escasos de lo que pudiera parecer. Sin embargo, albergo unas cuantas certezas que considero inequívocamente verdaderas. Son certezas que no nacen de la erudición, sino de la experiencia. De una experiencia que está al alcance de todos y que nos enseña tres cosas elementales: que el ser humano necesita al ser humano, que no podemos vivir de espaldas a la historia y que somos criaturas metafísicas, espirituales.

Spinoza, un filósofo judío holandés del siglo XVII, escribió en su *Ética* que «nada hay más útil para el hombre que el hombre. Cuando las almas y los cuerpos de todos forman una sola alma y un solo cuerpo, el individuo es justo, fiel y honesto, y no apetece nada para sí mismo que no lo desee también para los demás». Yo vivo en un pueblo de la periferia de Madrid. Es un pueblo grande, con ocho mil habitantes. Se encuentra entre los diez municipios más ricos de la región, pero su riqueza es básicamente material. Solo conserva un edificio histórico, una iglesia de estilo herreriano que supuestamente se construyó con los restos del castillo de Álvaro de Luna. No es un pueblo conflictivo. De hecho, se vive bastante bien en él. Está rodeado por estepas de trigo y cebada frecuentadas por corzos, conejos, zorros, avutardas, aguiluchos cenizos, cernícalos y perdices. Desde mi casa, situada en lo alto de un cerro, se divisa un arroyo, casi siempre seco, escoltado por fresnos, chopos y acacias. No obstante, esa belleza austera convive con el desarraigo. Los vecinos de toda la vida son una minoría envejecida. El pueblo está habitado principalmente por antiguos residentes de la capital que se han comprado chalés y apenas se relacionan con los demás. No es la España vacía, sino la España de las piscinas, donde los otros son desconocidos con los que únicamente se intercambia un saludo de cortesía. Los nuevos vecinos, que son hoy mayoría, han traído consigo la deshumanización de las grandes ciudades. Es cierto que en una gigantesca urbe te libras de chismes y sambenitos, pero

no lo es menos que puedes morir en la soledad de un apartamento minúsculo y tus restos pasar desapercibidos durante meses o años. No imagino algo así en pueblos como Villaescusa de Haro, donde el otro no es un extraño, sino un miembro de la comunidad ante el que todos se sienten responsables.

Hace poco, leí que las autoridades consideran irrecuperable la España vacía, pero si es así, si estos pueblos están abocados a chapotear entre el olvido y la indiferencia, nuestro destino como país no puede ser más desesperanzador. Nos necesitamos los unos a los otros, el ser humano es –como apuntó Aristóteles hace veinticuatro siglos- un animal social. No somos individuos, sino personas. Y nos hacemos personas al entrar en contacto con los otros, algo que es rutinario en los pueblos, donde las plazas y los bares siguen siendo lugares de encuentro, espacios a los que puedes acudir sin necesidad de acordar una cita, pues sabes que siempre habrá un vecino dispuesto a hablar contigo. Me espanta que las grandes ciudades escriban el futuro de España, que nuestro país se convierta en una constelación de urbes gigantescas donde nadie conoce a nadie y las personas devienen individuos desarraigados, robinsones confinados en un islote de hormigón y asfalto y con escasas esperanzas de que un Viernes interrumpa su soledad.

En pueblos como Villaescusa de Haro, aún pervive el sentido de comunidad. No como un impulso teórico, sino como algo cotidiano y espontáneo. No creo que fuera posible sin haber cerrado las heridas de nuestra historia reciente. La provincia de Cuenca no se libró de esa página negra de nuestra historia que es la Guerra incivil. Primero sufrió la violencia revolucionaria; después, la represión de los vencedores, si es que en una guerra fratricida puede hablarse de vencedores, ya que todos pierden. La sociedad española logró superar esa experiencia traumática apostando por la reconciliación y la concordia. Hoy se celebra esa Tercera España que no pudo ser, representada por figuras como el periodista Manuel Chaves Nogales, el filósofo Julián Marías o la abogada y jurista Clara Campoamor. Frente al ruido y la furia de los «hunos» y los «hotros», por utilizar la célebre distinción de Miguel de Unamuno, otro enamorado de la Mancha, un puñado de intelectuales apostó por la tolerancia y la democracia, pero su voz no fue escuchada. Sin embargo, años más tarde, esa voz se convirtió en clamor y hoy ya nadie quiere oír hablar de odio ni

violencia. Villaescusa de Haro es un ejemplo de esa España que en las últimas cuatro décadas ha mirado hacia atrás sin ira, fortaleciendo su determinación de convivir en paz. Una contienda fratricida siempre es un fracaso colectivo y nuestro país hace tiempo que discurre por un camino fructífero, lejos de los sentimientos que dividen y, por consiguiente, debilitan.

La historia está muy viva en Villaescusa de Haro y es una historia de grandes voluntades, de personalidades poderosas que anhelaron la grandeza para esta localidad, luchando por convertirla en un enclave de saber y devoción. Aldea de la antigua población de Haro, pueblo que surgió a los pies del castillo fundado por Diego López de Haro, Alférez Mayor del rey Alfonso VIII y señor de Vizcaya, alcanzó la condición de villa en 1349. Por entonces, ya se encontraba bajo el gobierno de la Orden de Santiago. Algo más adelante, tomará partido por la causa de Isabel la Católica frente al Marqués de Villena, valedor de Juana la Beltraneja. La victoria de Isabel impulsará un periodo de prosperidad y florecimiento cultural en Villaescusa de Haro. Entre los siglos XV y XVII, nacerán doce obispos en la villa. Muchos destacarán como políticos y escritores. En el siglo XVII comenzará la decadencia, que se agravará con la invasión francesa, la desaparición de la Orden de Santiago y la desamortización, pero quedarán joyas artísticas como la iglesia de san Pedro Apóstol, la iglesia del convento de las justinianas, el colegio de la universidad que jamás llegaría a inaugurarse, el Pósito municipal, el palacio de los Ramírez de Arellano, actual ayuntamiento, el convento de los dominicos o el castillo de Haro, situado a diez kilómetros del pueblo en una posición elevada que le permite vislumbrar la vega del río Záncara.

Entre las personalidades de Villaescusa de Haro, despunta el cervantista Luis Astrana Marín, cuyas traducciones de Shakespeare me permitieron familiarizarme desde la adolescencia con las dudas de Hamlet, los remordimientos de Macbeth, la amargura del rey Lear, la tragedia de Desdémona o el desdichado amor de Romeo y Julieta. Cuando hace unas semanas me acerqué por primera vez a la villa, ignoraba que Astrana Marín había nacido aquí. Conocía muy bien sus traducciones y ensayos porque en mi biblioteca personal hay tres libros suyos dedicados a mi padre. Mi padre fue escritor. Las enciclopedias le reservan dos o tres párrafos y Córdoba y San

Miguel de Salinas, un pueblo de Orihuela, honran su memoria con dos calles. Mi padre se llamaba como yo, Rafael Narbona, o tal vez sería más correcto decir que yo me llamo como él. Era un hombre bueno, inteligente y compasivo. Escribió novelas, libros de cuentos, ensayos, obras de teatro. Fue periodista en ABC, Ya, Pueblo, los periódicos de su tiempo, pues murió en 1972 con solo sesenta años. Un infarto agudo de miocardio nos lo arrebató con una crueldad que jamás podré perdonar o disculpar. La muerte siempre es intempestiva y desconsiderada. Durante la posguerra, mi padre hizo amistad con infinidad de escritores. Visitaba a Pío Baroja, paseaba por Recoletos con Wenceslao Fernández Flórez y recibía en nuestra casa a Buero Vallejo. Ignoro qué grado de intimidad alcanzó con Astrana Marín. En las dedicatorias del ilustre villaescusero se aprecia afecto y respeto. Su caligrafía diminuta e impecable transmite orden, equilibrio, minuciosidad. Astrana Marín no fue perfecto. ¿Alguien lo es? Se equivocó con Gabriel Miró y los escritores del 27, a los que menospreció literariamente, pero sus ensayos y traducciones son admirables. Dedicó a mi padre los sonetos de Shakespeare y dos biografías. Una sobre Quevedo, turbulento y atrabiliario, y otra sobre el dramaturgo inglés, misterioso y ambiguo. Sus estudios sobre Cervantes ya son una cita ineludible para cualquiera que desee comprender mejor el Quijote. Astrana Marín y mi padre eran hombres de otra época, caballeros de modales impecables que dedicaron sus vidas a la literatura y el saber. Me hubiera gustado contemplarlos paseando por estas calles. Mi imaginación los representa hablando animadamente, comparando los sonetos de Shakespeare con los de Quevedo, disertando sobre algún episodio del Quijote o rastreando los aspectos menos conocidos de la biografía de Cervantes. Una estampa de otra época. ¿Cualquier tiempo pasado fue mejor? No cometeré la temeridad de responder a esa pregunta, pero está claro que no debemos olvidar las cosas hermosas que nos han precedido. Sin el recuerdo del pasado, el presente se empobrece terriblemente. Estamos hechos de tiempo y lo que queda atrás nunca es irrelevante.

Somos criaturas espirituales, seres metafísicos, como dije antes. Nuestra especie es la única que se plantea el sentido de la vida e intuye una trascendencia sobrenatural que nos rescata de la finitud. En Villaescusa de Haro, el sentimiento religioso se aprecia en sus iglesias, conventos y obras de

arte. Cayetano me enseñó la iglesia parroquial de san Pedro y no tuve la impresión de contemplar simplemente un edificio de gran valor artístico, sino un espacio donde se advierte el aleteo del absoluto. El ser humano tiene hambre de eternidad. No se conforma con estar. Quiere perdurar. Cuando se convierte en costumbre irreflexiva, la fe puede devenir superstición, pero si se vive con espíritu crítico y responde a anhelos sinceros, imprime un espesor a la existencia que jamás hallaremos en una perspectiva escéptica o desencantada. La iglesia de san Pedro contiene el retablo de la Capilla de la Asunción, que narra los principales episodios de la vida de la Virgen. Es una obra bellísima, con esa ingenuidad del gótico-isabelino que prefigura el estilo de los primeros artistas del Renacimiento, cuando una nueva interpretación del hombre y lo divino se abría paso, exaltando la vida en todo su esplendor, lejos del pesimismo que había impregnado la Edad Media. Las escenas del retablo carecen de sombras y lutos. Incluso en los momentos más trágicos, nos topamos con una Virgen que expresa júbilo, esperanza, serenidad. El escándalo de la fe cristiana reside en que Dios escogió como madre a una mujer pobre y aparentemente insignificante. Como advirtió Pablo VI no se debe confundir la humildad con la pasividad. María fue «una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio», pero eso no le impidió proclamar que «Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo». Cuando los apóstoles huyeron y se escondieron abandonando a su maestro, la Virgen, María de Magdala, apóstol de apóstoles, y otras mujeres permanecieron junto a Jesús, manteniendo viva la esperanza y evidenciando la dimensión universal de su sacrificio, pues Cristo murió por todos, sin hacer distinción de razas o linajes, y no por muchos o unos pocos. Madre amantísima y hermana nuestra, la fuerza liberadora de María constituye la expresión más perfecta del misterio y la gracia. Nos enseña – según Leonardo Boff– que «Dios, trino y uno, próximo y distante, fascinante y tremendo, puede ser experimentado e invocado como padre y como madre, como padre nuestro y madre nuestra». La Virgen del Favor y Ayuda, a la que están dedicadas estas fiestas, encarna esa dimensión maternal que a veces olvidamos atribuir a Dios. Por medio de María, Dios establece una relación de indecible ternura con el ser humano. María nos llama al amor y a la fidelidad, inmiscuyéndose en nuestro ser más íntimo, como solo puede hacerlo una

madre. Como sostenía el teólogo jesuita Karl Rahner, «volver al culto mariano significa volver a realizar existencial y religiosamente aquello que es propiamente cristiano». Invocamos el favor y la ayuda de María porque es una persona, con una historia real encuadrada en una coyuntura histórica determinada, no un simple dogma. Su humanidad se revela en su cercanía, que nos ayuda a superar el sentimiento de orfandad asociado a nuestra finitud e imperfección moral. San Antonio de Padua escribe unas palabras que condensan lo que significa la Virgen del Favor y Ayuda: «El nombre de María es la alegría para el corazón, miel para los labios y la melodía para el oído de los devotos».

El Santísimo Cristo de la Expiración, adorado en iglesia de las justinianas, no es menos conmovedor que la Virgen del Retablo de la Asunción. Es un Cristo con un cuerpo velazqueño, muy alejado del cuerpo descoyuntado del *Retablo de Isenheim*, de Matthias Grünewald, salpicado de heridas y con una terrible expresión de sufrimiento. Sin banalizar el dolor, el Santísimo Cristo de la Expiración nos muestra que en la agonía de Jesús ya despunta la gloria de la resurrección. Esa imagen no nos habla de la muerte, sino de la vida. O mejor dicho: nos enseña que la muerte no es un final, sino un tránsito, un camino. El Santísimo Cristo de la Expiración desprende espiritualidad, delicadeza, amor. Jesús muere por amor al ser humano. Durante sus años de predicación, manifiesta preferencia por los pobres, los excluidos, los frágiles y los desamparados. Siempre está cerca de la viuda, el huérfano y el extranjero, conforme a la tradición de los profetas del Antiguo Testamento. Su mirada es un bálsamo para todos los que concitan desprecio: los leprosos, las prostitutas, los extranjeros. Compartió el pan, la mesa y el vino con los parias de su tiempo. Y murió como uno de ellos, pues la cruz, un castigo que solo podía aplicar la justicia romana, era una forma de ejecución reservada a los esclavos y rebeldes. Una forma indigna de morir que no podía infligirse a un ciudadano romano. En el hermoso rostro del Santísimo Cristo de la Expiración, yo no aprecio las sombras de la muerte, sino el compromiso de Dios con el hombre y el anuncio de esa plenitud que nos aguarda después del misterio de la resurrección. La Cruz no es lo más distintivo de Jesús, el joven artesano galileo, sino la Vida, la Esperanza. Cristo muere para derrotar a la muerte, para

que los humillados y ofendidos no caigan en el olvido, para reparar las injusticias de la historia, para que la desesperanza no se apodere de las conciencias. Dios no se encarnó para poner cruces en este mundo, sino para quitarlas. Al igual que el buen samaritano, es un médico del cuerpo y el alma. Un sanador, un amigo, un hermano. Yo veo todo eso en los ojos entrecerrados del Santísimo Cristo de la Expiración. Por eso entiendo la devoción que inspira y que es uno de los signos de identidad de Villaescusa de Haro.

No puedo dejar de mencionar al Regimiento de Infantería Saboya al comentar mis impresiones sobre el Santísimo Cristo de la Expiración. En 1969, dos operarios murieron en un pozo que se construía para abastecer de agua al pueblo. Recuperar sus cadáveres parecía imposible, pues los gases que los habían asfixiado continuaban envenenando el aire. Se pidió entonces al Regimiento Saboya que colaborara en las tareas de rescate. La respuesta fue ejemplar. Provistos de mascarillas, varios soldados y un oficial bajaron al pozo y recuperaron los cuerpos, no sin poner en riesgo sus propias vidas. Este gesto altruista y heroico, que el Regimiento asumió como un deber ineludible, tejió un fuerte lazo de amistad entre el pueblo y una unidad creada por Carlos I en 1537 con el nombre Tercio de Saboya. Es imposible hablar de los tercios del ejército español sin pensar en el capitán Alatríste, el famoso personaje de mi amigo Arturo Pérez-Reverte. Presumo que el espíritu aventurero de esa criatura de ficción refleja el temperamento de un Regimiento caracterizado por su abnegación y vocación de servicio, pero también por ese halo de romanticismo que siempre ha acompañado a los soldados españoles, tan profesionales como idealistas y soñadores.

Villaescusa de Haro, con sus casas bajas de fachadas encaladas, sus campos desnudos, casi místicos, y sus molinos restaurados, es un pueblo cervantino y azoriniano. Una localidad donde el tiempo no es una medida, sino una vivencia. Pasear por sus calles invita a la contemplación y la introspección. Aparentemente, una de esas paredes blancas que proliferan en el pueblo no es nada y no tiene nada, pero –como dijo Azorín- «¡cuántas emociones suscita!». Las paredes blancas de la Mancha albergan el delicado humanismo de Cervantes, la espiritualidad de santa Teresa de Jesús, la pasión de san Juan de la Cruz, la serenidad de Miguel Delibes. «¡España, España! –exclama

Azorín-. Toda tu esencia se halla condensada en la pared blanca». En Villaescusa de Haro se comprueba que Miguel Delibes tenía razón cuando dijo que el cielo de Castilla es tan alto porque lo han levantado los campesinos de tanto mirarlo. España debería mirar hacia esas regiones que se van vaciando y que –sin embargo- son un modelo de convivencia y espiritualidad. Nuestro porvenir debería escribirse en sus pueblos, imbuidos en una sabiduría ancestral, y no en grandes urbes deshumanizadas y sin raíces. Las raíces de Villaescusa de Haro se hacen visibles en estas fiestas, cuando muchos hijos de la villa regresan a sus orígenes. Aunque sus vidas sean fructíferas más allá del pueblo, aquí se reencuentran con lo más profundo de sí mismos, con esas experiencias tempranas que forjaron su forma de ser y con los valores que aprendieron en sus calles, llenas de historia y belleza. Estas fiestas son un buen momento para la nostalgia y para el recuerdo de los seres queridos que nos dejaron. Las pérdidas son ilusorias. Lo esencial permanece. El amor, simbolizado por la Virgen del Favor y la Ayuda, nos salva a diario y nos garantiza un lugar en la eternidad.

**RAFAEL NARBONA**